En torno a las definiciones de "errancia *versus* exilio" y "errancia cautiva"

Cécile Quintana, Céline Gilard
Universidad de Poitiers, CRLA-Archivos

En la literatura, y sobre todo en la literatura latinoamericana, la noción de errancia se ha estudiado mucho menos que la de exilio. La errancia, cuya doble etimología latina[1] procede de un cruce entre los verbos *iterare* (viajar) y *errare* (equivocarse), se ve vinculada a la idea de una modalidad particular del viaje que hiciera del mismo desplazamiento incesante una finalidad sin posibilidad alguna de alcanzar, tal vez ni siquiera de identificar, un posible lugar de llegada y/o afincamiento. Notemos que el sentido figurado de la palabra errancia, que remite al hecho de salirse del camino y, por consiguiente, de equivocarse, es el sentido más usado en español: la primera acepción del verbo "errar" es la de equivocarse, según la Real Academia Española. Para potenciar más amplios y estimulantes deslineamientos de nuestra investigación, enfocaremos la noción de errancia desde la perspectiva de la relación del ser con el espacio.

[1] Aunque se aplica al idioma francés, se nos hace muy aclaradora, rigurosa y válida la explicación argumentada de Emilie Ieven, en el estudio que le ha dedicado a la etimología de la errancia, ya que parte de la etimología latina común al francés y al español: "Según el diccionario *Tesoro de la lengua francesa informatizado* (*TLFi*), la palabra *errancia* aparece hacia finales del siglo XII y, después, no se manifiesta sino muy pocas veces hasta mediados del siglo XIX. Entonces significa "viaje, camino" y sería un derivado formado a partir del verbo del antiguo francés *esrer/errer* ("viajar, desplazarse"), a su vez derivado del latín *iterare* que significa "viajar". A partir de este verbo tenemos la forma del gerundio francés "*errant*", acreditada desde el siglo XII que significa "que viaja sin cesar". Sin embargo, como lo acreditan distintos diccionarios etimológicos, la palabra *errar* en el sentido de "viajar" tiene un homónimo en el antiguo francés: *errar* en el sentido de "ir de un lado a otro, de apartarse de la verdad, de equivocarse" derivado del latín *errare* que significa "extraviarse, tomar un camino equivocado, equivocarse". Estos dos significados han fusionado progresivamente hasta llegar al sentido general que conocemos hoy y del cual da una definición clara y breve el diccionario *Larousse*. Según este diccionario, la errancia es la "acción de errar", es decir, la "acción de ir de un lado a otro, aventuradamente, sin rumbo" (*Le Petit Larousse illustré*, 2001: 383). Los diccionarios *Le Robert*, *Le Littré* y el *Tesoro de la lengua francesa* convalidan esta fusión. En el primero se encuentra una definición casi idéntica a la del Larousse (*Le Petit Robert*, 2011: 920921), el segundo construye su definición sobre dos ejes –"acción de caminar, de viajar sin cesar" y "acción de caminar sin rumbo, azarosamente" (*Le Nouveau Littré*, 2004: 509510)– mientras que el tercero define la errancia como una "situación de desplazamiento constante sin rumbo" (*Tesoro de la lengua francesa*). Además, este último diccionario insiste en la dimensión metafórica de la palabra *errar* que debe entenderse en el sentido de "vacilar", de "andar con rodeos y dilaciones"". (La traducción es nuestra)

El errante estaría tan desarraigado como el exiliado, pero sin contemplar la posibilidad de regresar a su tierra de origen. Se vería condenado a desplazarse continuamente por tener vedado el acceso a un lugar donde pudiera de nuevo echar raíces. Esta imposibilidad de afincamiento espacial induce una indeterminación temporal. En efecto, el no-lugar implica un no-tiempo. El tiempo de la errancia no transcurre entre un pasado –lugar de origen– y un futuro –lugar de llegada–: es el tiempo estancado del presente, del eterno desplazamiento hecho condición y/o castigo humanos. En la errancia, el tiempo ya no ritualiza las actividades de la cotidianeidad dentro de un marco cronológico. Así, la errancia es el tiempo de la inseguridad, aquella que viven miles de desplazados en el mundo, fuera del tiempo, por fracasar en su intento de escapar, por razones económicas o políticas, de su lugar de origen. Un ejemplo de sumo interés es el que puede observarse en Colombia, donde la palabra "desplazados" se aplica a miles de colombianos que en su propia tierra han huido del terror y cuyos testimonios recopila el recién fallecido escritor y sociólogo colombiano Alfredo Molano[2] en su libro *Desterrados. Crónicas del desarraigo*, de 2001.

De ahí entendemos que la errancia del cuerpo pueda generar un estado de errancia mental, lleno de dudas, incertidumbres y angustias. La errancia genera un tipo de movilidad insegura e intranquila, supone un "no llegar nunca" que puede traducirse por un sentimiento interiorizado de no estar en ningún lugar, de no estar en *su* lugar. Esta manera de definir la errancia como un sentimiento de desubicación –más que de desterritorialización– lo expresan con dolor y dignidad la voz silenciada de los testigos entrevistados por Alfredo Molano. Este ejemplo permite apuntar una diferencia más entre exilio y errancia. La experimentación de ese tan injusto sentimiento de sentirse desplazado en su propio país coincide con la noción de "insilio" que tentativamente han definido aquellos escritores errantes en su propia ciudad, para dar cuenta de su profundo desencanto y melancolía. El escritor venezolano Israel Centeno es uno de ellos, para quien el insilio es un "irse hacia adentro": "cuando no tienes para donde ir, te insilias", confiesa en una entrevista a Paz Balmaceda, en 2010 (34).

La pérdida de referencias espaciales y por consiguiente sociales o humanas se ve asimilada a la amenaza de una pérdida de identidad, de disolución del ser en el desierto de su propia errancia. Notemos que el sentido literal de la palabra "desierto" está asociado a dos de las figuras paradigmáticas de la errancia en la cultura occidental: el judío Abraham y el griego Ulises que se desplazan en un desierto sea de arena o de agua[3]. En la literatura, también son desiertos físicos, como el rulfiano páramo de Comala, los que generan figuras de errantes, en una íntima y profunda comunicación entre el mundo de los vivos y el de los muertos.

[2] Falleció el 31 de octubre 2019. Después de ocupar un lugar algo marginado respecto a la Academia, desde el espacio de su disciplina, integró la Comisión de la Verdad para hacer escuchar, así como lo hizo toda su vida con sus reportajes, ensayos y ficciones, la voz de las víctimas del conflicto armado interno en su país.

[3] Hervé Bonnet, "L'errance de l'existence" (2008) : "Les deux grandes figures de l'errance sont, pour le monde occidental, le juif Abraham et le grec Ulysse. Or ce que nous pouvons retenir de ces deux figures, par-delà leurs différences historiales essentielles, est l'élément commun de leurs errances. En effet, qu'il soit minéral (sable) ou liquide (eau) l'élément de l'errance est toujours un désert. Le désert est le "lieu" par excellence de l'errance." https://www.brown.edu/Research/Equinoxes/journal/Issue\%2010/eqx10_bonnet.html En línea. 20 de octubre 2017.

Published in : Quintana C. (dir.) (2020), *Sujetos y escrituras de la errancia en América latina*, Editions des archives contemporaines, ISBN : 9782813003584, doi : https://doi.org/10.17184/eac.9782813003584

Sin raíces y sin perspectiva de fijarse en ningún lugar, ¿cómo llegar a pensarse como sujeto, como ser-al-mundo? Sin punto de anclaje en la realidad huidiza que transcurre sin meta, la errancia sería reveladora de una crisis del sujeto. Resulta pertinente entonces emparejar la noción de errancia con la de "nomadismo" usada por la filósofa Rosi Braidotti, quien ha enfocado en nuestro mundo globalizado al "sujeto nómade" desde una perspectiva de género: "La escritura nómade [...] anhela el desierto, las zonas de silencio que se extienden entre las cacofonías oficiales, en un flirteo con una no pertenencia y un extranjerismo radicales" (48). Las nociones de silencio y vacío parecen congruentes para circunscribir el espacio del errante vivido como una condena. Pero, ¿cómo no pensar en seguida, a pesar de la relativa inestabilidad mental e identitaria que puede generar la errancia, en la oportunidad que ésta nos brinda para escapar del estrepitoso y confuso mundo globalizado, saturado de información y de objetos, contaminado por un consumismo devastador e irresponsable que resulta ser preso de sus propias redes sociales? ¿Acaso la errancia no pueda significar aquella saludable liberación tan física como mental que desconecta nuestra mente y la deja vagar, sin rumbo, desprendida de todos los artificios capitalistas rayanos en la idea de utilidad y rentabilidad? Así, la errancia ya no remitiría al espacio de una amenaza física y/u ontológica sino al contrario, abriría un espacio sano de serenidad, vagabundeo y meditación. Negarse a "entrar en vereda", para usar una apropiada metáfora espacial, significaría abocarse a un bienestar individual prometedor de mayor emancipación colectiva.

Como sensibilidad literaria, los escritores de las Antillas francesas, como Édouard Glissant, han teorizado el concepto de errancia con mayor interés y empeño que otros, vinculándolo también con una posibilidad de pensar fuera de los sistemas: "[...] es lo que invita al ser a abandonar los pensamientos de sistemas por los pensamientos, no de exploración, porque este término tiene un matiz colonialista, sino de investigación de lo real, los pensamientos de desplazamiento que también son pensamientos de ambigüedad y de no certidumbre que nos preservan de los pensamientos de sistemas, de su intolerancia y su sectarismo" (130 Traducción nuestra). La errancia se vuelve herramienta de un pensamiento crítico y en eso radica su potencial utópico, según lo explica en su artículo Emilie Ieven: "Este potencial de la errancia –que para mí radica en la capacidad que tiene este movimiento de cuestionar las maneras de referirse al espacio– sólo puede pensarse en la medida en que se explicita el vínculo fundamental entre espacio y utopía. En efecto, la utopía, que hay que pensar aquí ya no como sociedad ideal sino como potencial o potencia de ruptura e interrogación, me parece tener como condición de posibilidad la ambigüedad espacial que la constituye y que ella trabaja" (9 Traducción nuestra).

Reacio a los sistemas, etiquetas y certidumbres, el poeta César Vallejo usa precisamente una metáfora espacial para expresar aquel sentimiento de libertad del sujeto que se niega a meterse por las rutas y senderos trazados por la tradición literaria: "Odio las calles y los senderos, que no permiten perderse. La ciudad y el campo son así. No es posible en ellos la pérdida, que no la perdición, de un espíritu. En el campo y en la ciudad, se está demasiado asistido de rutas, flechas y señales, para poder perderse. Uno está allí indefectiblemente limitado, al norte, al sur, al este, al oeste" (180-183). Desde la perspectiva de Walter Benjamin, la idea de vagabundeo del pen-

Published in : Quintana C. (dir.) (2020), *Sujetos y escrituras de la errancia en América latina*, Editions des archives contemporaines, ISBN : 9782813003584, doi : https://doi.org/10.17184/eac.9782813003584

samiento se plasma en la noción del sujeto *flâneur*, cuya indolencia puede asociarse a una subjetividad femenina propia de algunos personajes novelescos del siglo XIX, como los de Matto Clorinda de Turner o Mercedes Carbonera.

En torno a uno de los ejes estructurales del CRLA-Archivos, el estudio de la memoria, se podrá contemplar la relación que puede existir entre la errancia y la memoria hecha trampa y encierro. Asumir que una modalidad de la errancia puede ser el encierro, parece paradójico en la medida en que la reclusión o la construcción de un cerco sirven justamente para poner fin a la vagancia humana o animal. Pero toda errancia no es vagancia; por ejemplo, uno puede recorrer sin fin los pasillos de un lugar cerrado sin hallar salida. Y ocurre que los espacios abiertos funcionan como los lugares cerrados: la ausencia de límites equivale a una puerta cerrada. Efectivamente, ¿cómo se puede pasar un umbral que no se visualiza? La errancia cautiva se puede entender como la imposibilidad de salir y seguir adelante, en el espacio o el tiempo.

La errancia cautiva puede ser la de la conciencia y de la memoria errantes, muertas o vivas. Entre las criaturas errantes engendradas por la imaginación colectiva figuran las ánimas de los muertos, condenadas, en las historias de fantasmas, a errar por el mundo de los vivos y a acosarles, a causa de sucesos trágicos o criminales del pasado que protagonizaron ellas. Es como si la gravedad del crimen o de la tragedia, o la injusticia de su destino, impidieran que ellas hallaran el descanso eterno o entraran al Cielo. Su errancia, circunscrita o no a un perímetro, es una forma de purgatorio, cuando no una condena. Los vivos pueden reparar el daño causado o sufrido antaño y así reanudar el hilo roto del tiempo, poniendo fin a la errancia del espectro. Los buques fantasmas jalonan las leyendas y la historia de la navegación: la errancia del famoso holandés errante, condenado a vagar para siempre por los mares y a nunca volver a puerto, se debe a varias causas, según las versiones de la leyenda: un pacto con el demonio, crimen metafísico, un crimen de sangre (la tripulación hubiera asesinado al capitán) o una desgracia colectiva (una epidemia hubiera estallado a bordo y no se permitió al navío desembarcar en ningún puerto). Algo diferente es el caso del Caleuche, que recuerda más directamente el mito del barco de Caronte, aunque recorre el perímetro exclusivo de la isla de Chiloé. Pero otras leyendas conciernen avistamientos de buques fantasmas, víctimas históricas de un naufragio que desde aquel tiempo, surcan interminablemente los mares y océanos: es como si la muerte atroz de los náufragos impidiera que ellos abandonaran el teatro de su desastrado final. Pero podemos preguntarnos si son los muertos o los vivos los que no hallan descanso tras la tragedia o el crimen. ¿No son los fantasmas la expresión personificada de un trauma memorial, que mantiene la conciencia cautiva del pasado, hasta el punto de recorrerlo obsesiva e interminablemente? ¿Los espectros aterradores o malévolos no traducen el sentimiento de culpabilidad, justificado o no, de los vivos con respecto a dicho pasado?

La errancia de la memoria se parece a la del fantasma; quizás ésta no sea más que un avatar de aquélla. Sin embargo, no son los actores del pasado –los fantasmas– quienes yerran realmente; son los vivos encerrados en la obsesión de una memoria estancada. Ellos son los responsables de la errancia de los fantasmas del pasado, a quienes deniegan el acceso al reino de los muertos o al sosiego de la historia, porque

Published in : Quintana C. (dir.) (2020), *Sujetos y escrituras de la errancia en América latina*, Editions des archives contemporaines, ISBN : 9782813003584, doi : https://doi.org/10.17184/eac.9782813003584

a ellos mismos sigue impidiéndoles tener paz, individual o colectivamente, el hecho traumático fundador. La frustración espera ser reparada y los espectros yerran por el presente porque la memoria cautiva yerra por el pasado, a causa de un imposible duelo.

No todas las novelas de la memoria son novelas de la errancia, pero la literatura puede hacerse eco de esa memoria errante, cautiva de un pasado del que no logra desprenderse. La escritura explora dicho pasado, pero también traduce, mimética, la errancia casi espacial de la conciencia: el relato se convierte en laberinto memorial mediante sus vaivenes, sus circularidades, sus meandros... Podemos entonces preguntarnos si el texto permite salir simbólicamente de la errancia, convirtiéndola en un caminar metódico, o convirtiendo la memoria en relato.

Por fin, en el campo de la creación, la noción no sólo de errancia sino de error despliega inesperadas potencialidades artísticas. En efecto, podría considerarse que hay un arte del error, y que éste, asumido o inconsciente, forma parte del proceso creativo. En algunos casos, sería incluso parte constitutiva de la obra. Pensemos en los "errores de perspectiva" de algunos cuadros que en realidad traducen y exhiben el genio del artista, como la espalda demasiado grande de la mujer desnuda pintada por Ingres en *La Grande Odalisca* de 1814. El artista es por antonomasia un errante, un ser en movimiento que progresa quitando, borrando, rectificando, sin cesar. Avanza a tientas. Cuando empieza su obra, el artista no la visualiza, no se la representa como una meta por alcanzar sino como un proceso del cual no puede anticipar todas las etapas como en el caso de cualquier otro trabajo útil, codificado por reglas, objetivos y tiempos impartidos. Esta perspectiva señala la diferencia de sensibilidad y finalidad entre un artesano y un artista. Los dos recorren distintas etapas pero el primero visualiza perfectamente, desde el inicio, a dónde quiere llegar y cómo va a llegar. Su puesta en movimiento tiene un fin –bajo la forma de un objeto por fabricar– que sabe identificar, describir y alcanzar. Sin embargo y según lo que Deleuze nos propone, escribir se definiría como un movimiento perpetuo: "escribir no tiene nada que ver con significar, sino con recorrer, cartografiar, incluso comarcas venideras" (32 Traducción nuestra). En *El concepto de ficción*, el escritor Juan José Saer considera que la novela se caracteriza por su "movimiento continuo perpetuo" (158). Esto induce que una obra de arte, por definición, nunca puede considerarse como terminada. La inspiración no conoce reglas ni manuales ni pasos a seguir. Los pasos por el camino de la creación son falibles, imprevisibles, insondables, contradictorios. Los archivos de los escritores no harían más que registrar las huellas de estos pasos intimándole al investigador geneticista que identificara el primero, aquella "huella originaria" inexistente según Derrida. En estas condiciones, nos podemos hacer la siguiente pregunta que también genera su propio "movimiento continuo perpetuo" por no tener respuesta: ¿dónde y cuándo empezaría una obra? Así, volvemos a la noción del lugar de origen por el que empezamos esta introducción, a modo de aguijón, para abrir el camino de nuestra investigación sobre la errancia y sus múltiples bifurcaciones.

Referencias bibliográficas

Balmaceda, Paz. *Fet a America. La novela latinoamericana contemporánea según 18 autores*, México: Ed. La cifra, 2010.

Published in : Quintana C. (dir.) (2020), *Sujetos y escrituras de la errancia en América latina*, Editions des archives contemporaines, ISBN : 9782813003584, doi : https://doi.org/10.17184/eac.9782813003584

Benjamin, Walter. *Paris capitale du XIXe siècle, le livre des passages*, París: Éditions du Cerf, 1989.

Bonnet, Hervé. "L'errance de l'existence". 2008. En línea. 20 de octubre 2017. https://www.brown.edu/Research/Equinoxes/journal/Issue/2010/eqx10_bonnet.html

Bouloumié, Arlette (dir.). *Errance et marginalité dans la littérature: Cahier XXXII*. Angers: Presses universitaires de Rennes, 2007. En línea. 20 octubre 2017. http://books.openedition.org/pur/11888.

Braidotti, Rosi. *Sujetos nómades. Corporización y diferente sexual en la teoría feminista contemporanea*, Buenos Aires: Paidós, 2000.

Braidotti, Rosi. *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómade*, Barcelona: Gedisa, 2004.

Deleuze, Gilles et Guattari, Félix. (1972/1973). *L'Anti Œdipe. Capitalisme et schizophrénie 1*, París: Minuit, "Critique".

Deleuze, Gilles et Guattari, Félix. (1980). *Mille Plateaux. Capitalisme et schizophrénie 2*, París: Minuit, "Critique".

Darrigrandi, Claudia. "Ciudad, cuerpo y traje: la *flâneuse* en Buenos Aires", Revista Iberoamericana, vol. LXXIV, Núm. 222, Enero-Marzo 2008, p. 1-16.

Glissant, Édouard. *Introduction à une poétique du divers*, París: Gallimard, 1996.

Ieven, Emilie. "L'errance, un mouvement à potentiel utopique", *Carnets* [En ligne], 10

Mizubayashi, Akira. *Petit éloge de l'errance*, París: Gallimard, Folio. 2014.

Molano, Alfredo. *Desterrados. Crónicas del desarraigo*, Bogotá: Ancora Editores, 2001.

Nesci, Catherine. *Le flâneur et les flâneuses. Les femmes et la ville à l'époque romantique*, Grenoble: Ellug, 2007.

Nuvolati, Giampaolo. "Le flâneur dans l'espace urbain", Géographie et cultures 70, *Corps urbains*, París, 2009, p. 2-11.

Ravindranathan, Thangam. "L'imaginaire du texte". *Là Où Je ne suis pas. Récits de dévoyages*, París: Presses Universitaires de Vincennes, 2002.

Saer, Juan José. *El concepto de ficción*, Buenos Aires: Ariel, 1998.

Vallejo, César. "Entre Francia y España", *Mundial*, 290, 1 enero 1926 (I, 180-183).

Published in : Quintana C. (dir.) (2020), *Sujetos y escrituras de la errancia en América latina*, Editions des archives contemporaines, ISBN : 9782813003584, doi : https://doi.org/10.17184/eac.9782813003584